Realismo latino

Richard Lapper

Durante meses los comentaristas pronosticaron la tormenta en Argentina. Pero cuando finalmente se desencadenó antes de la Navidad, todos quedaron sorprendidos, tanto por la magnitud de la violencia como por los rápidos cambios políticos y económicos que la sucedieron.

Comenzó el viernes 13 de diciembre con el saqueo de unos cuantos supermercados en las ciudades de Rosario y Mendoza. Los periódicos del domingo recordaron a los argentinos que doce años atrás unas revueltas similares por comida habían provocado la renuncia de Raúl Alfonsín. Para el miércoles, los jóvenes habían rodeado la Casa Rosada y Buenos Aires se convirtió en un mar de humo y gas lacrimógeno.

Esa misma noche, ya tarde, renunció Domingo Cavallo, el más famoso globalizador de Argentina y conquistador de la hiperinflación de la década pasada. Al día siguiente el presidente Fernando de la Rúa salió de la casa presidencial a bordo de un helicóptero dejando abajo la devastación. Al momento de escribir este artículo (principios de enero), ya han ocupado el cargo por periodos brevísimos otros cuatro políticos del Partido Peronista de centro-derecha. Uno de ellos, Adolfo Rodríguez Saa, una figura gris vinculada con el ex presidente Carlos Menem, se mantuvo más tiempo que los otros, pero las revueltas pudieron más que él. Eduardo Duhalde encabeza ahora un nuevo esfuerzo.

Estos sucesos son parte de un proceso más general de América Latina. Desde hace algún tiempo crece la oposición a la globalización. Efectivamente, vista de lejos, la región entera pareciera que ha estado al borde de un nuevo levantamiento los últimos dos años. De México a Colombia, de Brasil a Centroamérica hay ahora poderosos movimientos que rechazan la ortodoxia del libre mercado imperante en la región desde hace quince años. Y en ninguna parte pareciera haber fallado tan rotundamente la globalización como en América Latina.

Tanto para los viejos socialistas como para los activistas opuestos a la globalización, el continente ha vuelto a ser emocionante. En un ensayo reciente, James Petras, un marxista veterano de Estados Unidos discute el potencial revolucionario de la "insurgencia" colombiana y el "creciente descontento nacionalista e izquierdista en países vecinos clave". Richard Gott, el periodista británico que informó de la muerte del Che Guevara en 1967, escribe lleno de entusiasmo sobre el presidente Hugo Chávez de Venezuela y sus "aspiraciones revolucionarias". La "hostilidad" de Chávez "al neoliberalismo y la globalización, lo sitúan en alianza tácita" con los manifestantes de Seattle. Quizá la globalización sea la enfermedad del nuevo milenio", pero "los anticuerpos para combatirla se están generando lentamente", agrega.

¿Qué tan verdaderas son estas afirmaciones? ¿Qué tan mala ha sido en el fondo la globalización para América Latina? ¿Ofrecen los diversos opositores a la globalización latinoamericana algún tipo de respuesta? No cabe duda de que ha surgido en América Latina un tipo de antiglobalización dura.

En Colombia, las guerrillas de izquierda -financiadas por el narcotráfico- deambulan libremente por amplias zonas del país. Las FARC, el mayor de estos grupos, obtuvo como parte del entrecortado proceso de paz un territorio de una superficie equivalente a la de Suiza.

En el país vecino, el presidente Chávez, un ex paracaidista que encabezó dos golpes fallidos en 1992, ya cumplió su tercer año de mandato como presidente electo de Venezuela. Su gobierno ha reorganizado las instituciones políticas del país e intenta descentralizar su economía dependiente del petróleo. Chávez y

sus seguidores, entre ellos las FARC, toman como una fuente de inspiración a Simón Bolívar, el héroe de la lucha por la independencia en la América del siglo XIX.

Al sur, en Brasil, el Partido de los Trabajadores (PT), formado por la oposición sindical más intransigente a los gobiernos militares de los años setenta y ochenta, está más cerca que nunca de alcanzar el poder en la economía más grande del continente. Su líder, Inacio Luiz "Lula" da Silva, quien perdió un dedo a los catorce años por un accidente de trabajo en la fábrica, es el político más conocido de Brasil y encabeza las encuestas de opinión para las elecciones presidenciales que tendrán lugar el año entrante. El PT tiene el control mayoritario de algunas de las ciudades más grandes de Brasil.

En Centroamérica, los sandinistas -el partido con estilo surgido de la guerrilla que gobernó Nicaragua en los ochenta- no pudieron recuperar la presidencia en octubre, pero han consolidado su dominio de la política de oposición. Su líder, Daniel Ortega, un denodado izquierdista, ha sobrevivido a la derrota electoral, a la deserción de aliados como el novelista Sergio Ramírez y hasta se ha sacudido de encima la acusación de que abusaba de su hijastra.

También hay señales de que los grandes grupos indígenas de América Latina, que durante mucho tiempo han guardado silencio, comienzan a movilizarse contra las reformas del libre mercado. En Ecuador, las organizaciones indígenas estuvieron a punto de provocar un golpe militar a principios del año pasado, con lo que hubieran naufragado los planes de dolarizar el circulante del país. En México, el subcomandante Marcos y su Frente Zapatista de Liberación Nacional han obligado a militarizar Chiapas, estado sureño donde encabezaron una breve pero violenta insurrección hace ocho años.

Y detrás se yergue Fidel Castro. Sin el petróleo soviético ni ayuda económica, Cuba se ha convertido en un lugar más austero; pero se ha negado a adoptar las reformas del libre mercado y, pese a las penurias cotidianas, el gobierno cubano conserva un alto índice de apoyo popular, sobre todo fuera de la ciudad capital. Aunque cuentan con escasos recursos, sus sistemas de salud y seguridad social funcionan. El socialismo idiosincrásico de Cuba sigue siendo un punto de referencia para la izquierda de todas partes. Por ejemplo, el venezolano Chávez mantiene con Castro una relación cercana y le vende petróleo a precios bajos. Chávez dice que él quiere que los venezolanos naden en el mismo "mar de felicidad" que los cubanos.

No cabe duda que las relaciones entre estos movimientos causan preocupación en Washington. Los vínculos de Chávez con Castro y su tolerancia ante la actividad de las FARC en Venezuela, además de las recientes visitas a Irak, en más de una ocasión parecen haberlo puesto en una posición que lo llevaría al enfrentamiento con Estados Unidos. Apenas en agosto de 2000, Venezuela clausuró la legación militar estadounidense en Caracas. Desde 1996 -después del deshielo de principios de los noventa- la política de Estados Unidos hacia Cuba se endureció y sigue intacto el embargo impuesto en 1962.

Mientras tanto, James Petras afirma que las FARC, la Venezuela de Chávez y los movimientos indígenas ecuatorianos forman un "triángulo radical" que "puede contribuir a socavar la mística en torno al carácter invencible de la hegemonía estadounidense". Según Petras, el Plan Colombia -mediante el cual Estados Unidos ha otorgado a Colombia más de mil millones de dólares en ayuda militar para erradicar la droga- está pensado para mantener esa mística.

Los acontecimientos en Argentina pueden fortalecer los vínculos entre los radicales latinoamericanos y el movimiento antiglobalizador europeo. El año pasado Le Monde Diplomatique, la publicación mensual francesa que se ha convertido en una voz intelectual para los opositores a la globalización, celebró su Foro Social Mundial antiDavos en Porto Alegre, ciudad del sur del Brasil, que el PT ha gobernado la última década. Para los zapatistas mexicanos, los antiglobalizadores de Europa son aliados valiosos en la campaña del movimiento a favor de los derechos indígenas. Los seguidores europeos del zapatismo cabildearon ante sus gobiernos para que suspendieran las conversaciones sobre un tratado de libre comercio entre México y Estados Unidos y así lograr concesiones en Chiapas. Los zapatistas, al igual

que los antiglobalizadores, usan la internet para organizar sus movilizaciones. Durante la marcha zapatista del año pasado, cuando los líderes del movimiento viajaron de Chiapas a la ciudad de México, Marcos programó sus discursos de modo que coincidieran con los noticieros europeos de horario estelar. Su romanticismo revolucionario atrae a los enemigos de la globalización. "El zapatismo -escribe Ana Carrigan en su introducción a una versión inglesa de los poemas y comunicados de Marcos-, no es un partido ni una fuerza guerrillera. Es un catalizador, un instigador, un creador de posibilidades.

Las reformas del libre mercado en América Latina no han resuelto los problemas del continente. Efectivamente, en muchos aspectos está peor que hace una década. En los años noventa, la pobreza había ido disminuyendo lentamente, pero en los últimos dos años ha vuelto a aumentar. Los estudios realizados por la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL) muestran que más de 200 millones de latinoamericanos (de un total de 475 millones) tienen ingresos insuficientes para satisfacer sus necesidades básicas, mientras que unos 70 millones no tienen suficiente comida. En ambos casos ha habido poco avance desde 1980.

En los años noventa, México fue uno de los países que mejor desempeño tuvo en la reducción de la pobreza. Pero de acuerdo con el censo para el 2000, más de 40 millones de personas viven con un ingreso de 26 pesos diarios -unos 3 dólares- o menos, catorce millones de personas viven en casas con piso de tierra y seis millones viven en casuchas techadas con cartón.

Con una tasa promedio de crecimiento de la población de 1.3% al año, América Latina debe crecer por lo menos un 5% para incidir en los niveles de pobreza. Sólo Chile en la primera mitad de la década de 1990 y México en los últimos cuatro años han logrado este tipo de tasas de crecimiento. Desde 1990, la mayoría de los países sólo han logrado crecer un promedio de entre 2 y 3% al año.

También el crecimiento ha sido errático. Desde 1990, América Latina ha sufrido tres crisis financieras de gran importancia. La devaluación de fines de 1994 en México provocó una fuga de capitales de toda la región. La confianza, los inversionistas y el crecimiento regresaron en 1996 y 1997, gracias al paquete de rescate de Bill Clinton. Pero cuando las crisis asiática y rusa alcanzaron Brasil en 1997 y 1998, la región sufrió una nueva fuga de capitales. De manera similar, luego de un breve repunte en el crecimiento el año pasado, casi todas las economías están pugnando de nuevo por salir adelante.

La situación en ninguna parte es más desoladora que en Argentina. Hace dos años, Fernando de la Rúa fue elegido jefe de una amplia alianza de centro-izquierda comprometida a reanimar una economía enferma y a poner fin a la corrupción con la que su predecesor Carlos Menem había estado vinculado. Su gobierno ha sido un desastre sin atenuantes. Sus aliados de la izquierda desertaron en protesta por su incapacidad para controlar el mal desempeño de los senadores. Hace nueve meses, De la Rúa pidió a Domingo Cavallo, un enemigo político, que regresara, en un intento desesperado por recuperar la confianza y echar a andar la economía. Pero Cavallo se ha paseado entre el liberalismo y el intervencionismo, debilitando aún más el apoyo. La actividad económica se ha desplomado. El 20% de la población está oficialmente desempleada y muchos más están estancados en la economía informal. Las clases medias comenzaron a perder la confianza en los bancos y a retirar sus depósitos, lo que culminó a principios de diciembre con la imposición de controles parciales sobre los capitales y los bancos. Esto limitó la cantidad de circulante en la economía y asestó un duro golpe a los pobres, que sobreviven lustrando zapatos, vendiendo flores en los semáforos o recogiendo material reciclable de los tiraderos de basura.

De pronto, el enojo de la clase media al ver sus cuentas congeladas se unió al descontento de los pobres produciendo un estallido. Aunque hasta ahora la crisis argentina ha tenido relativamente poco impacto en el resto de la región, es la crisis financiera más aguda de la nueva era y es tanto más notable dada la anterior reputación de Argentina como un modelo de reforma liberal.

Pero aun sin un "efecto Argentina" significativo, el desempleo va en aumento y los programas sociales

sufren recortes en todas partes. En los países donde los bienes están bien distribuidos desde el principio, los beneficios del crecimiento tienden a distribuirse ampliamente, y los pobres se benefician de ellos, aunque los ricos se benefician más. Corea del Sur, Taiwán, Vietnam y China son los ejemplos típicos. En los países donde la historia, la diferencia de razas y el colonialismo han dejado una distribución muy desigual de la riqueza, como en América Latina, hay menos probabilidades de que el crecimiento alcance a los pobres. Si se emplea la medida estándar de desigualdad, el coeficiente Gini, actualmente hay en América Latina mayor inequidad que hace quince años.

Pese a lo ingenuas que desde el punto de vista económico puedan ser las recetas de los políticos populistas del continente, en las sociedades con un alto grado de desigualdad, las demandas de una distribución más justa de la tierra y los bienes son tan importantes para reducir la pobreza como las medidas para impulsar la tasa de crecimiento promedio. Esto resulta especialmente cierto para los desempleados. Y América Latina tiene muchos, en parte porque la industrialización orientada a la sustitución de importaciones de décadas anteriores fue de capital intensivo y creó pocos empleos. Uno de cada dos latinoamericanos trabaja en el sector informal, arañando su subsistencia en los márgenes de la sociedad. Durante los años cincuenta, sesenta y setenta, la industrialización atrajo a miles de inmigrantes rurales a las ciudades, y muchos de ellos se establecieron en ciudades perdidas. Antes, el estilo de vida de estos grupos más pobres era claramente distinto del de los trabajadores urbanos y profesionistas de la clase media. Pero en los últimos diez años, la separación entre las economías formal e informal se ha hecho más difusa.

En algunos países, los servicios de seguridad social, que ya eran imperfectos, tienen ahora una cobertura menor. En otros, los sindicatos y las organizaciones sociales que alguna vez pudieron ayudar a unir a las comunidades más pobres se han debilitado con la privatización y la decadencia de las industrias tradicionales. La CEPAL afirma que en los años noventa "una sensación generalizada de inseguridad" se hizo característica de las sociedades latinoamericanas.

De manera predecible, las políticas económicas relacionadas con tal estado de cosas no han sido populares. Ciertamente, en los últimos cinco años, las encuestas de opinión han destacado de manera consistente una creciente "fatiga provocada por los ajustes". En Argentina, no es ni 10% el que está a favor de la privatización. Como muchos rusos que sienten nostalgia del comunismo, la mayoría de los latinoamericanos consideran que la vida de sus padres y sus abuelos en los años cuarenta y setenta era mejor. En muchas formas tienen razón. Durante los treinta años posteriores a la segunda guerra mundial, los gobiernos de América Latina intervinieron para promover el crecimiento. Las barreras arancelarias eran elevadas, mientras que los subsidios para las compañías nacionales y de propiedad pública eran la norma. En un contexto de rápido crecimiento mundial, de 1945 a 1973 las economías de la región crecieron a una tasa promedio anual de 5.3% y el ingreso per cápita aumentaba en un 3% al año.

Todo esto lleva agua al molino de los antiglobalizadores. Pero otros aspectos de la experiencia reciente de América Latina complican el argumento. Para comenzar, los problemas de Argentina tienen mucho que ver con la política cambiaria específica que han escogido sus gobiernos. Dicha política -basada en la idea de un consejo monetario- exige un régimen especialmente rígido que despoja al gobierno de cualquier medio de administrar su propia política monetaria y lo deja a merced de las alzas y bajas de la economía internacional. Los consejos monetarios, favorecidos por los centros de investigación política (think tanks) de la derecha estadounidense, tienen relativamente pocos defensores, aun entre los economistas ortodoxos. Casi todos los demás países latinoamericanos han dejado que sus monedas floten contra el dólar.

Pero desandemos un poco el camino. El modelo de "sustitución de importaciones" que los gobiernos latinoamericanos favorecieron en los cincuenta y los sesenta se enfrentó a serios problemas en los setenta, y las dificultades contribuyeron a la agitación política de la década y a la crisis de la deuda de los ochenta. Sus logros en los años cuarenta y cincuenta se debieron a la expansión de la posguerra. Las cosas se complicaron cuando empezó a disminuir el ritmo de la economía mundial y los costos de los

subsidios y otros apoyos estatales se volvieron insostenibles.

La cuestión de la pobreza también es más complicada de lo que parece. Los niveles de pobreza pueden ser obstinadamente altos, pero los latinoamericanos tienen más acceso a la atención básica de salud y viven hasta una edad más avanzada que hace diez o veinte años. También tienen mejor educación. En 1980, cinco de cada diez personas de la región eran analfabetas. Hoy, la proporción se acerca más a una de cada diez. Los niños todavía no pasan tantos años en la escuela como en Europa o Estados Unidos; pero muchos países han logrado avances. En los últimos siete años, la escolaridad promedio en México ha aumentado un año: ahora es de 7.6 años. Hace medio siglo, la expectativa de vida era de 47 años, las dos terceras partes del nivel de Estados Unidos. Ahora es de 69 años, sólo siete años menos.

Las tasas de crecimiento han sido insuficientes, pero en general han mejorado la calidad y la consistencia en el manejo de la economía. La pobreza hubiera sido mucho peor si los gobiernos latinoamericanos no hubieran actuado para eliminar los altísimos niveles de inflación de los ochenta. En Brasil, Argentina, Perú y algunos países pequeños, hubo años en que los precios aumentaron varios miles por ciento entre finales de los ochenta y principios de los noventa. Los comerciantes reetiquetaban los productos más de una vez al día y la gente recurría a complicadas estrategias para resguardar el valor de sus salarios. La clase media pudo protegerse hasta cierto punto gracias a la propiedad de bienes, como los carros y las casas, que conservaban su valor; pero la inflación dejó a los pobres hechos polvo. Las políticas fiscales y monetarias más estrictas y consistentes han reducido la inflación casi en todos lados. En 2001, los precios aumentarían menos de 7%. La memoria es corta: la gente está muy consciente de las penurias del ajuste, pero tienden a olvidar el dolor de la hiperinflación anterior.

En el balance, la privatización también arroja un saldo positivo. Por lo general, las compañías estatales de aparente éxito eran irremediablemente ineficientes y tecnológicamente anticuadas. Los subsidios permitían a los empresarios amasar enormes fortunas personales ofreciendo a sus clientes productos o servicios caros y a menudo de mala calidad. Al principio de la década de los noventa, muchos gobiernos latinoamericanos privatizaron estas compañías. El proceso fue sucio. El precio al que se vendieron algunas compañías fue muy barato. Los empresarios con relaciones en el gobierno se beneficiaron en más de una ocasión, y los ineficientes monopolios públicos fueron reemplazados por ineficientes monopolios privados, escasamente regulados y a veces más caros. Pero lo que sí se logró fue atraer capital y tecnología hacia ciertos sectores de importancia clave en América Latina, como las telecomunicaciones y la energía. A finales de los ochenta, muchos sistemas telefónicos eran primitivos. En su libro Bad times in Buenos Aires, Miranda France describe las fallas del sistema telefónico de esa ciudad en 1991: "Me daba la impresión, y no era algo necesariamente desagradable, de estar jugando a la Gallina Ciega con miles de otras personas. Uno hacía llamadas al vacío sin una idea exacta de quién las respondería." Esto ha cambiado. Los clientes a veces se quejan justificadamente de los costos; las llamadas en las ciudades a veces son más caras que antes de la privatización, pero el sistema funciona.

Además hay otra cuestión. Los países como Chile y México han avanzado en el desarrollo de su sector de exportaciones. En 1980, casi las cuatro quintas partes de los ingresos por exportaciones de México provenían de la venta del petróleo, lo que hacía al país muy vulnerable ante las caídas del precio. En los últimos veinte años, el país ha desarrollado una fuerte base manufacturera de exportación, iniciada gracias al impulso de la industria maquiladora: los inversionistas extranjeros importaban materia prima, procesaban textiles y partes electrónicas, los ensamblaban en las plantas situadas a lo largo de la frontera mexicana y exportaban el producto acabado al mercado estadounidense.

Los costos de la mano de obra en México -una décima parte de lo que cuesta en Estados Unidos- han sido fundamentales. Pero la maquila ha generado la infraestructura industrial y la fuerza de trabajo capacitada necesarias para permitir el crecimiento de un sector manufacturero que produce ya no para un mercado interno protegido, sino de acuerdo con los estándares requeridos para la exportación. Desde 1994, cuando México firmó el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Canadá y Estados Unidos, docenas de compañías se han trasladado a las ciudades del norte de México. Con el TLC, las compañías

establecidas en México pueden exportar sin impuestos al mayor mercado del mundo.

A partir del tratado, las ciudades como Tijuana, Juárez, Monterrey y Hermosillo se han convertido en fuertes sitios industriales por derecho propio. La mayoría de los televisores que se venden en Estados Unidos están hechos en Tijuana. Juárez es ahora un centro fabril de componentes para automóviles. En la medida en que han llegado a instalarse en estas ciudades procesos industriales más complejos, la fuerza laboral se ha vuelto más calificada, más productiva y mejor pagada. Todavía hay una gran distancia entre los niveles salariales de México y Estados Unidos y muchas ciudades mexicanas enfrentan ahora graves problemas ambientales. Pero el crecimiento manufacturero está creando empleos y estableciendo una base económica más sostenible.

Otra tendencia positiva de los últimos diez años -que para los antiglobalizadores pasa desapercibida- es la democratización de América Latina. En 1975, las dictaduras militares ocupaban el gobierno de todos los países de América Latina, excepto México, Venezuela y Colombia. Y de estos tres, México era efectivamente un país de un solo partido, controlado mediante la coerción y la corrupción por el Partido Revolucionario Institucional (PRI). Hasta en Venezuela, país al que muchos politólogos consideraban como un modelo de sistema bipartidista en los ochenta, se fracturó la democracia.

Veinticinco años después, el estado de cosas es mucho más saludable. Los militares se han retirado de la escena política en todos los países grandes. No ha habido un solo golpe militar que haya tenido éxito desde principios de los ochenta. Argentina y Uruguay encarcelaron a los dictadores militares de los setenta. El ex presidente Pinochet encara un proceso legal en Chile. Los partidos políticos de Argentina han alternado en el poder por primera vez desde 1916. Chávez llegó a la presidencia gracias a las urnas, y no mediante uno de los dos intentos golpistas de 1992. En Perú el descontento popular y las presiones diplomáticas acabaron por expulsar a Alberto Fujimori y echaron por tierra sus planes de consolidar un Estado unipartidista. El corrupto consejero de seguridad de Fujimori, Vladimiro Montesinos, pasa sus días en la cárcel. Y en México, el PRI aceptó graciosamente su derrota en las elecciones del 2000 después de 71 años en el poder -el régimen unipartidista más largo de la historia. Estos grandes logros hacen que el panorama político sea mucho menos sombrío de lo que a veces se pinta. Además, la presión estadounidense ha contribuido en parte a sostener la democracia en algunos Estados, como Perú, Ecuador y Paraguay.

Por algunas de estas razones, el apoyo al izquierdismo radical tiene límites. Esta situación podría cambiar, pero por el momento significa que la retórica de la izquierda no se traduce en políticas. Desde la oposición, estos movimientos han sido escandalosamente antiglobalizadores; desde el poder, han sido pragmáticos. El venezolano Chávez despotrica contra los males del neoliberalismo, pero en la práctica, su gobierno ha sido precavido en el manejo de la economía. El gasto público ha aumentado, pero no mucho y gran parte del ingreso procedente del incremento en los precios del petróleo se ha depositado en un fondo para enfrentar futuras bajas en los precios. Los sindicatos radicales de Venezuela, que apoyaron la elección de Chávez, han sido marginados del gobierno. Los inversionistas extranjeros siguen invirtiendo. AES, un grupo estadounidense de energía que ha construido un imperio latinoamericano a resultas de la privatización, tuvo una discreta bienvenida cuando licitó exitosamente para adquirir Electricidad de Caracas, la compañía de energía más grande del país. La supervivencia de Cuba debe más al turismo y a los envíos procedentes de Estados Unidos que al socialismo.

Este contraste entre retórica y realidad atraviesa de punta a punta el movimiento antiglobal más grande e importante de América Latina: el Partido de los Trabajadores de Brasil. La izquierda dura es ahora una minoría en el PT, y ha perdido terreno ante los moderados socialdemócratas. Sin embargo, el ala izquierda aún controla los sindicatos y las uniones campesinas dominadas por el PT y tiene la simpatía de la mayoría de las bases del partido. Hasta los moderados, como Cristovam Buarque, un ex alcalde de Brasilia y miembro del Comité Nacional del Partido, hace pronunciamientos antiglobalizadores ortodoxos. En su libro El admirable mundo real, Buarque compara la globalización con el Holocausto ("un globocausto").

La florida filosofía política de Buarque apenas tiene que ver con su desempeño pragmático. Cuando estuvo en el gobierno de Brasilia, el PT conjugó su compromiso de un gobierno limpio y eficiente con innovadoras políticas sociales, como la bolsa escolar, un programa que hacía pagos de la seguridad social condicionados a la asistencia escolar. Este tipo de socialismo municipal al estilo brasileño se ha extendido hacia otras ciudades y es en gran medida responsable del éxito del PT en las elecciones locales (ahora controla siete de las ciudades más grandes del país). En una entrevista reciente, Buarque dijo que tenía más problemas con los sindicatos del sector público controlados por el PT que con la oposición política de derecha.

Al tocar el tema de las elecciones presidenciales el próximo año, declina hablar sobre una nueva ideología contra el libre mercado porque "se confunde el debate". Dice que el gobierno del PT garantizaría estabilidad monetaria, posiblemente mediante la designación de un ministro de finanzas que no saliera de las filas del partido. Si no se logra garantizar que la inflación siga siendo baja, "el partido retrocedería una generación... Si regresa la inflación no podremos eliminar la pobreza y el PT estaría acabado como una fuerza alternativa", dice Buarque.

Para la izquierda del partido, el FMI es el diablo encarnado, pero Buarque dice que es necesario y prudente negociar con el Fondo. "Ir al FMI es como ir al doctor a que le examine a uno la próstata, no es ni bueno ni malo, sino necesario." Tiene confianza en que el PT ha rechazado sus viejos prejuicios contra la privatización, la competencia y la estabilidad monetaria.

Los problemas de América Latina no admiten soluciones simples como las esgrimidas por los antiglobalizadores. Hay un amplio consenso de que la región necesita menos dependencia externa, democracias más arraigadas y mejores instituciones. Éste es precisamente el programa de reforma de los organismos multilaterales -el FMI, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo-, a los que los antiglobalizadores se oponen explícitamente. Durante más de cinco años, estos organismos han promovido la "reforma de la segunda generación", concepto que considera la necesidad de que América Latina reduzca su pobreza y desigualdad, mejore la educación y la atención a la salud, la efectividad y la justicia de los sistemas legales si quiere tener un crecimiento sostenible.

En América Latina, como en el resto del mundo, el liberalismo económico -que se presentaba como el objetivo único del consenso de Washington de los ochenta- ahora es sólo parte de un paquete más grande de medidas de reforma institucional, lo que no equivale a decir que más liberalismo no sería provechoso. Ciertamente, una ampliación del liberalismo económico a los mercados laborales ayudaría a América Latina. Actualmente son unos 20 millones de mexicanos los que trabajan en Estados Unidos, pero muchos de ellos están condenados a una situación de lo más insegura debido a su condición de inmigrantes ilegales. El presidente Fox ha hecho algunos avances en el desarrollo del TLC como un paquete de libre comercio para la mano de obra y para el capital, que permita a los trabajadores moverse de un país a otro a través de la frontera, como se mueven en Estados Unidos. En la política hacia las drogas, una dosis de liberalismo -y más aun- ayudaría a América Latina. No es realista esperar un cambio significativo en la política estadounidense; pero la ilegalidad del narcotráfico internacional genera recursos para las guerrillas y las bandas criminales en toda la región.

América Latina necesita más globalización, no menos, especialmente en el comercio internacional. Un comercio más abierto de productos agrícolas beneficiaría a los productores grandes y eficientes, como Argentina y Brasil. Ambos países han ido ganando una mayor participación en el mercado internacional con productos como café, jugo de naranja, azúcar (Brasil) y soya (Brasil y Argentina). En Brasil, la investigación patrocinada por el gobierno ha contribuido al desarrollo de nuevas semillas y tecnologías de riego, convirtiendo áreas antes yermas del noreste y centro-oeste en fértiles tierras de cultivo. Los beneficios de la productividad en Brasil duplican el promedio mundial de los últimos diez años. La participación argentina en el mercado de soya casi se ha duplicado en los últimos cinco años. Ambos países tienen un potencial enorme para alcanzar una mayor expansión, especialmente Brasil. Pero

enfrentan la oposición de los lobbies proteccionistas de Europa y Estados Unidos. Los agricultores estadounidenses, alemanes y franceses se oponen al grano barato de Argentina y Brasil. Los señores de las aves de corral de Arkansas y Maryland han bloqueado la llegada de productos avícolas de Brasil.

¿En qué situación nos deja todo esto? Las reformas económicas del liberalismo no han podido generar ni un crecimiento económico dinámico ni estándares europeos de bienestar. Por otra parte, casi toda América Latina disfruta de una estabilidad mayor que hace diez o quince años. Puede ser que las reformas hayan fracasado eventualmente en Argentina, pero este fracaso refleja los profundos problemas institucionales del país y la inflexibilidad del sistema monetario adoptado para pugnar por el cambio. En general, las democracias latinoamericanas siguen siendo deficientes de muchas maneras, pero pocas sociedades son tan cerradas y represivas como éstas solían ser. Los medios de comunicación están menos restringidos y hay un debate sobre la política pública en el que se maneja más información.

En consecuencia, no debe sorprender que los planteamientos simplistas de la izquierda contraria a la globalización sean tan poco atractivos para la mayoría de los latinoamericanos. Los partidos de izquierda advierten que deben moverse hacia un consenso centrista en torno a políticas basadas en el mercado para poder ganar relevancia política. Es cierto que la retórica de los antiglobalizadores puede ser un obstáculo real para el desarrollo de una alternativa política socialdemócrata coherente o socialmente responsable en la región, pues fortalece las ideas populistas, nacionalistas y socialistas que aún forman parte de la manera de pensar de muchos políticos latinoamericanos y forma una especie de mitología política regional. En la medida en que América Latina se libre de estos mitos, más fácil le será estar a la altura de los desafíos que surgen de la globalización.